



RECUERDOS DE UN GRANDE HOMBRE

A MI SOBRINO EL EXCMO. SR. D. CRISTÓBAL COLON Y LA-CERDA, MARQUÉS DE LA JAMAICA

ROMANCE PRIMERO

EL NIÑO HAMBRIENTO

A media legua de Palos,
Sobre una mansa colina,
Que dominando los mares
Está de pinos vestida,
De la Rábida el convento,
Fundacion de orden francisca,
Descuella desierto, solo,
Desmantelado, en ruinas.

No por la mano del tiempo,
Aunque es obra muy antigua,
Sino por la infame mano
De revueltas y codicias,

Que á la nacion envilecen
Y al pueblo desmoralizan,
Destruyendo sus blasones,
Robándole sus doctrinas.

De este olvidado convento,
Ante la portada misma,
En la llana plataforma,
Sitio de admirable vista,

Una mañana de marzo,
Mientras que solemne misa
En la iglesia se cantaba,
Y escaso concurso oia,

Tres y medio siglos hace,
Para gloria de Castilla,
Apareció un extranjero
De presencia extraña y digna,

En aquel punto acababa
De llegar allí; vestia
Justillo de roja tela,
Aunque usada y vieja, fina.

Un manto de lana pardo
Con mangotes y capilla,
Un birrete de velludo
Y de orejeras caidas,

Unas portuguesas botas,
Más enlodadas que limpias.
Y bajo el brazo pendiente
Un zurron, saco ó mochila,

Donde un pequeño astrolabio,
Una brújula marina,
Un libro de devociones
Y unos pergaminos iban.

Despejada era su frente,
Penetrante era su vista,
Su nariz algo aguileña,
Su boca muy expresiva;
Proporcionados sus miembros,
Y su edad, si no florida,
Tampoco tan avanzada
Que llegase á estar marchita.

Con el cariño de padre,
De la mano conducia
Un cansado y tierno niño,
De belleza peregrina.

Pues en su cándido rostro
De rosa y jazmin, lucian
Dos nobles ojos azules
Llenos de inocencia y vida;

Y desde su ebúrnea frente
Por su cuello descendian
Los cabellos anillados
Que el sol miró con envidia.

Ser dijérase el modelo
Que de Urbino el gran artista,
En los ángeles copiaba,
Que tanto encanto respiran.

Y de su gallardo padre
A la sombra parecia
Un lirio fresco y lozano
Que nace al pié de una encina.

Este extraño personaje,
Con esta criatura linda,
Taciturno paseaba
Con facha contemplativa.

Ora por el mar de Atlante
Que rizaban frescas brisas,
Como buscando una senda
Giraba ansiosa la vista.

Ora allá en el horizonte
De occidente la ponía,
Cual si algun objeto viera,
Inmóvil, clavada, fija.

Y ya al cielo una mirada
De entusiasmo y de fe viva

Daba, animando su rostro
Una inspirada sonrisa;
Y ya de pronto inclinando
La frente á tierra, teñian
Melancólicos colores
Sus deslustradas mejillas.

De sus hondos pensamientos
Y de su inquietud continua,
Sacóle la voz del niño
Que pan y agua le pedia;

Pues en cuanto oyó su acento
Y vió su afliccion, se inclina,
Tierno le toma en los brazos,
Lo consuela, lo acaricia,
Y diligente se acerca

A la abierta portería,
A demandar el socorro
Que aquel ángel necesita.

Recíbele afable un lego,
Que éntre en el claustro le indica,
Y que en un escaño espere
Mientras él va á la cocina.

Fray Juan Perez de Marchena,
Guardian entónces por dicha,
Junto á los viajeros pasa
Volviendo de decir misa,

Y curioso contemplando
Su apariencia peregrina,
Informóse del socorro
Que cortésmente pedian.

Y por un secreto impulso
Que en favor de ellos le anima,
Inspiracion de los cielos
Que su nombre inmortaliza,

O porque era religioso
De caridad y de eximia
Virtud, y muy compasivo
Con cuantos allí venian,

A aquellos huéspedes ruega
Que en su pobre celda admitan
Parte de su escaso almuerzo
Y descanso á sus fatigas.

Aceptado fué el convite,
Y por la escalera arriba,
El religioso delante
Y el hijo y padre en pos iban,

Formando un sencillo cuadro,
Cuyo asunto ser dirian,
El talento y la inocencia
Con la religion por guía.

ROMANCE SEGUNDO

EL ALMUERZO

En el estrecho recinto
De una franciscana celda,
CÓmoda, aunque humilde y pobre,
Y de extremada limpieza,
De la Rábida el prelado
Con sus dos huéspedes entra,
Y despues que sendas sillas
Les ofrece y les presenta,
Abre franco y obsequioso
Una mezquina alacena,
De donde bizcochos saca,
Una redoma ó botella
Del vino más excelente
Que da el condado de Niebla,
Aceitunas, pan y queso,
Y tres limpias servilletas,
Acomodándolo todo
En una redonda mesa,
No léjos de la ventana
Que daba vista á la huerta.
En seguida llama al lego,
Y que al punto traiga, ordena,
Huevos con magras adunia,
Y chanfaina si está hecha.
Encargándole que todo
Caliente y sabroso venga,
Que no charle en la cocina,
Ni se eternice y se duerma.

Dadas sus disposiciones,
Al extranjero se acerca
(Que por tal le ha conocido
En el porte, traje y lengua),
Con una taza le brinda,
Y al niño que tome ruela
Un bizcocho, que le alarga,
Y lo acaricia y lo besa.
Bebe el huésped, luégo bebe
Fray Juan Perez de Marchena;
Y el niño come el bizcocho,
Toma un sorbo de agua fresca,
Y con el zurrón que el padre
Se ha quitado, y puesto en tierra
Sacando cuanto contiene
Vivaracho travesa.
El Guardian varias preguntas
Hace al extranjero, acerca

De su patria, de su estado,
Y del arte que profesa:
Aunque aquellos instrumentos
Con que la criatura juega,
Que le son muy familiares,
Ya casi se lo revelan.
Que es genovés y viudo
Atento el huésped contesta;
Que es navegar su ejercicio,
Y de piloto su ciencia.
Y así como una vasija
Que está rebosante y llena
De un líquido, algo derrama
A muy poco que la muevan;
Dió indicios claros, patentes,
En sus fáciles respuestas,
De aquel grande pensamiento,
Portentoso, que le alienta,
Que exclusivo su alma absorbe,
Que es la sangre de sus venas,
Que es el aire que respira,
Que es ya toda su existencia,
Y que causó los extremos
Que delante de la iglesia,
El mar contemplando, hizo,
Como referidos quedan.
Que el occidente escondia,
Dijo, riquísimas tierras,
Que era el ancho mar de Atlante
De la gran Tartaria senda,
Y que dar la vuelta al mundo
Para él cosa fácil era;
Con otras raras especies,
Tan inauditas, tan nuevas,
Que al escucharle, pasmado
Fray Juan Perez de Marchena
(Aunque á osados mareantes
Hablaba con gran frecuencia,
Por haber muchos en Palos,
Y aunque sabe las proezas
Y raros descubrimientos
De las naves portuguesas);
No acierta si está escuchando
A un orate ó á un profeta,
Si es un ángel ó un demonio
El hombre que está en su celda.
Mudo se alza, llama al lego
Y que busque á toda prisa

Le manda á Garci-Fernandez,
Que estaba há poco en la iglesia.
No tardó Garci-Fernandez
En presentarse en la escena
Con el lego, que el almuerzo
Colocó sobre la mesa.
Era médico de Palos,
Hombre docto y de experiencia,
De sagacidad y astucia,
De malicia y de reserva.
Viejo y magro, pero fuerte,
Mellado, la cara seca,
Calvo, la barba entrecana
Y la tez tosca y morena.
De estezado una ropilla,
Calzas de burda estameña,
La capa de pardo monte
Y el sombrero de alas luengas,
Era su traje. La mano
Y el hábito al fraile besa,
Y al incógnito saluda
Con curiosidad inquieta.

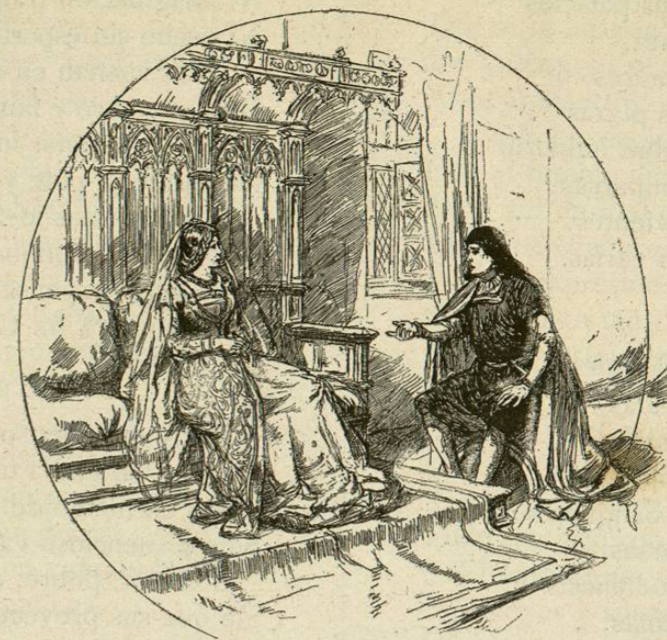
El médico, el extranjero
Y el padre Guardian se sientan,
Dando al almuerzo principio,
Y mutuamente se observan.
Pero el silencio interrumpe,
Despues de haber hecho seña
Al sagaz Garci-Fernandez,
Fray Juan Perez, y comienza
A hablar de navegaciones
Y desconocidas tierras,
Preguntándole á su huésped
Su parecer sobre ellas.
Fué bastante haber tocado
Con sagacidad la tecla,
La facilidad verbosa
Del genovés se despliega.
Y con aquellas razones
De convencimiento llenas,
Con que se sienta y sostiene
Lo que se sabe de veras,
Sus inspiraciones pinta,
Sus observaciones cuenta,
Su sistema desenvuelve,
Sus proyectos manifiesta.
Recorre á sus pergaminos,
Los desarrolla, y enseña
Cartas que él mismo ha trazado
De navegar, mas tan nuevas,
Y segun él las explica,
En cosmográfica ciencia
Demostrándose eminente,
Tan seguras y tan ciertas;

Que el pasmo del religioso
Y su indecision aumentan,
Mientras al médico encantan,
Le convencen y embelesan.
De aquel ente extraordinario
Crece la sábia elocuencia,
Notando que es comprendido,
Y de entusiasmo se llena.
Se agranda, brillan sus ojos
Cual rutilantes estrellas,
Brotan sus labios un río
De científicas ideas:
No es ya un mortal, es un ángel,
De Dios un nuncio en la tierra,
Un refulgente destello
De la sábia Omnipotencia.
Comunica su entusiasmo,
Que el entusiasmo se pega,
A los que atentos lo escuchan,
A los que mudos lo observan.
El médico, el religioso,
Y hasta el lego que á la mesa
Sirve, y ha escuchado inmóvil,
Y con tanta boca abierta,
Mas sin entender palabra,
En entusiasmo se queman:
Y de haber visto aquel día
Dan gracias á Dios sus lenguas.
Y piden que luégo, luégo,
Se lleve á cabo la empresa,
Y quieren ir, y una parte
Tener en las glorias de ella.
Y ya se ven en los mares,
Y ya en ignoradas tierras,
Y ya el asombro del mundo
Con nombre, y con fama eterna.
Formando la celda un cuadro
Digno de que en él hubieran
O Zurbaran ó Velazquez
Apurado sus paletas.

Mas ¡ay! pronto de aquel cielo
De ilusiones halagüeñas,
Bajan á lo positivo
De la miserable tierra;
Cuando en sí mismos volviendo
Reconocen su impotencia,
Y los elementos grandes
Que há menester tal empresa.
Se hallan como el desdichado
Que en pobre lecho despierta,
Cuando soñaba que un trono
Era poco á su grandeza.
Pues de un oscuro piloto
Volviendo á entrar en la esfera

El genovés, abatido
 Les refiere su pobreza:
 Que no han querido ayudarle
 Ni su patria, ni Venecia,
 Que la corte de Lisboa
 Se burla de sus propuestas;
 Que los sabios no le entienden,
 Que los ricos le desprecian,
 Que los nobles no le escuchan,
 Que el vulgo le vilipendia.
 Mas como despues, añade,
 Que aún la esperanza le alienta
 De encontrar grata acogida
 En el rey de la Inglaterra;
 Donde ya tiene un hermano
 Con proposiciones hechas,
 Y que él mismo, á acalararlas,
 Ir allá muy pronto piensa;
 El amor patrio, más puro
 En las españolas venas
 Del médico y del prelado,
 Se inflama y súbito truena;
 Pues unánimes prorumpen:
 «De España la gloria sea;
 No busqueis lejanos reinos
 Cuando el mejor se os presenta;
 »Y el que sediento de gloria
 Más imposibles anhela.
 Corred, buscad el apoyo
 De la castellana reina.
 »De doña Isabel invicta,
 Que es la más grande princesa
 Que han admirado los siglos,
 Y que ha ceñido diadema.»
 De los dos el entusiasmo
 Tambien á su vez se pega
 Al genovés, y aquel nombre
 Pronunciado con tal fuerza
 Por el físico y el fraile,
 El alma y pecho le llenan
 De esperanza tan vehemente,
 Que sus planes desconcierta.
 En sus rutilantes ojos,
 Como en su boca entreabierta,
 Y en su palpitante pecho,
 Y en su animada apariencia,
 El sagaz Garcí-Fernandez
 Lo conoce, y «No se pierda

Momento, prosigue; al punto
 Id á Córdoba, que es cerca.
 »Allí encontrareis la corte:
 Pues el cielo os la presenta
 Tan inmediata, propicia
 La hallareis, nada os detenga.»
 Y fray Juan Perez añade:
 «Marchad, sí, Dios os lo ordena.
 Carta os daré para el padre
 Hernando de Talavera,
 »Religioso de valía
 Que es confesor de la Reina.
 Y porque ningun cuidado
 Vuestra jornada entorpezca,
 »Este vuestro tierno niño
 Aquí en el convento queda,
 De mi seráfico padre
 So la proteccion inmensa.»
 No dijeron más. Escribe,
 Dando la cosa por hecha,
 La carta Garcí-Fernandez,
 Fray Juan Perez de Marchena
 La firma; su propia mula
 Ensillar al punto ordena,
 Y las pródidas alforjas
 Preparar en la despensa.
 Todo está listo. Y entónces
 Cual si alguna oculta fuerza
 Le compeliere, el piloto,
 Que aun no habia dado respuesta,
 De pié se puso, y resuelto
 Exclama de esta manera:
 «A Córdoba, Dios lo quiere,
 Su gracia me favorezca.»
 Al tierno y precioso niño
 Acaricia, abraza y besa,
 No sin lágrimas sus ojos,
 No su corazon sin pena.
 A rezar un corto rato
 Vase devoto á la iglesia,
 Do el escapulario viste
 De la seráfica regla.
 De sus dos nuevos amigos
 Se despide ya en la puerta,
 Cabalga, aguija, y á trote
 De la Rábida se aleja.



ROMANCE TERCERO

LA DAMA

De Abderramen la mezquita
 Y de Almanzor las murallas,
 Y el puente de Julio César,
 Y las vividoras palmas,
 Que más de dos luengos siglos
 Muerto ornato se miraban
 Del sepulcro de un imperio,
 O de una tumba de hazañas;
 Como evocadas reviven,
 Las musgosas frentes alzan,
 Y para Córdoba juzgan
 Que una nueva aurora raya.
 Y que renacen los días
 De gloria, poder y fama,
 En que Atenas de Occidente,
 En que Roma musulmana,
 O ilustró al mundo con ciencias,
 O rindió al mundo con armas,
 Como de sabios emporio,
 Como de guerreros patria.

Los dos católicos reyes
 Que son Atlantes de España,
 Los que un imperio fundaron
 Que ningun imperio iguala,
 A Córdoba han elegido
 Para corte, centro y plaza
 De los bélicos aprestos
 Que han de triunfar en Granada.
 Los grandes y ricos-homes
 Acuden con sus mesnadas,

Y con todo el aparato
 De sus espléndidas casas.
 Allá envian sus pendones
 Las ciudades más lejanas,
 Con sus bravos caballeros
 Y con sus huestes gallardas;
 Allí los Grandes-Maestres
 Sus estandartes levantan,
 Y allí Prelados concurren,
 Y allí Legados del Papa.
 Los personajes de corte,
 Los magistrados de fama,
 Los más ilustres señores
 Y las más apuestas damas.
 Y llegan aventureros
 Y soldados de ventaja,
 Y jinetes, y peones,
 Ballesteros y hombres de armas.
 Y cual nube de pardales
 Que viene á la seca parva,
 O cual reguero de hormigas
 Que al costal volcado ataca,
 Traficantes, labradores
 Y ganaderos se afanan
 En apurar la moneda
 Con sus ventas y contratas.

Por ciudad de encantamento
 A Córdoba reputara,
 Quien notase su bullicio,
 Quien oyese su algazara.